

LIBROS**COMUNISTAS,
MODELOS,
VIDAS REALES**

Sabrow ve en Erich Honecker a un comunista disciplinado, intachable, pero en cuyas dificultades se reconocen también matices y zonas grises que, sin desmerecer su probidad, invitan a calibrar la difícil vida en la clandestinidad y en la lucha contra un régimen brutal.

IBON ZUBIAUR

Martin Sabrow, *Erich Honecker. Das Leben davor*. C. H. Beck, Múnich, 2016.

La figura del dictador encarna como pocas el convulso siglo XX y sigue ejerciendo una fascinación inagotable. Incluso si prescindimos de los grandes asesinos de masas (caso de Hitler o Stalin) y de aquellos que, sin mostrar tal denuedo en la matanza, reprimieron sin miramiento a los disidentes pero concitaron simpatías amplias por su carisma (caso de Mussolini o Castro), la acumulación de un poder casi ilimitado parece dotar de aura a personajes que no

destacarían por otros rasgos. La literatura latinoamericana es pródiga en retratos de este tipo, mientras que las dictaduras del bloque soviético, con su imagen de hermetismo e inflexibilidad, ostentan el atractivo de lo exótico.

En el caso de la República Democrática Alemana, aquel anómalo producto de la Segunda Guerra Mundial y de la partición de Europa en bloques, el mito de la rigidez y de una vigilancia poco menos que orwelliana (alimentado por diferentes películas) sigue dominando nuestra percepción. Como cualquier otro mito, resulta parcial e insuficiente: para entender un experimento que fracasó sin paliativos, pero cuyo nivel de vida fue el más alto alcanzado jamás por un país socialista, que contó con la lealtad de buena parte de sus intelectuales y pudo presentarse como única alternativa real al hitlerismo (cuyos rescoldos eran demasiado obvios en la República Federal), necesitamos un abordaje más riguroso y fundado. Y para quienes desconfían del determinismo histórico y conceden a un líder político capacidad de influencia, esto incluye también atender a las biografías de sus máximos dirigentes.

Casi tres décadas después de la implosión de la RDA, la historiografía dedicada a la llamada segunda dictadura alemana (etiqueta tan extendida como desafortunada: la sugerencia de equiparación con el nazismo resulta no sólo impropia, sino indecente) aún ha de sacudirse muchos lastres ideológicos. Si desde los años 90 (una vez que el acceso a los archivos y la perspectiva histórica permitieron un abordaje serio) disponíamos de biografías dignas sobre los dos grandes jefes de gobierno del régimen alemán oriental, Walter Ulbricht y Erich Honecker (por Mario Frank y Ulrich Völklein respectivamente), las monografías sobre el resto de sus dirigentes rara vez trascienden lo periodístico o, lo que es peor, denunciatorio; figuras como Wilhelm Zaisser (General Gómez en la Guerra Civil Española) o Kurt Hager (ideólogo del régimen desde los 60) siguen esperando su tratamiento, y sólo trabajos surgidos al margen de la academia, como el retrato que hace Irina Liebmann de su padre Rudolf Herrnstadt o la incisiva biografía de Hilde Benjamin por Marianne Brentzel, trascienden la medianía.

Erich Honecker (1912-1994), máximo dirigente de la RDA desde 1971, merece un especial detenimiento. No sólo porque los diez años de presidio que cumplió bajo el nazismo le otorgaban una legitimidad especial como líder antifascista (Ulbricht no solía confiar en nadie que no hubiese sobrevivido como él en el exilio soviético), sino porque su trayectoria en esos años cruentos fue severamente cuestionada tras su defenestración en 1989. Honecker había sido uno de los primeros mandatarios comunistas del mundo en publicar unas memorias (sólo tras Leonid Brézhnev), y las llamativas incongruencias que encerraban sobre su detención y condena, así como sobre su extraña fuga en 1945, dieron lugar a acusaciones poco menos que difamatorias. A esa fase inicial de su carrera consagra ahora el historiador Martin Sabrow la primera parte de su minuciosa biografía: *Erich Honecker. Das Leben davor [La vida previa]: 1912-1945*.

Sabrow, catedrático de la Universidad Humboldt de Berlín, director del Centro de Investigación Contemporánea en Potsdam, y experto acreditado en la RDA, impone con su biografía estándares sobresalientes de rigor y detenimiento analítico. Su principal tesis, que las biografías de líderes comunistas eran sometidas a apropiación por parte del partido y elevadas a relatos ejemplarizantes con o sin exactitud empírica, puede sonar no demasiado original, pero responde a la larga polémica en torno a la trayectoria de Erich Honecker. Sabrow dedica una cantidad ingente de energía a esclarecer cada episodio de sus años juveniles. El balance es sumamente sobrio, pero no por ello menos interesante: nos deja la semblanza de un comunista disciplinado y a grandes rasgos intachable, pero en cuyas dificultades se reconocen también matices y zonas grises que, sin desmerecer su probidad, invitan a calibrar con más ponderación la difícil vida en la clandestinidad y en la lucha contra un régimen brutal.

“Una reconstrucción provechosa de la trayectoria de Erich Honecker desde su nacimiento hasta los comienzos de su carrera política en la posguerra no debe aspirar así tanto a explorar el papel de la

personalidad en la historia como a atender al reflejo de la historia en la personalidad” (pág. 15).

Erich Honecker nació el 25 de agosto de 1912 en Neukirchen, localidad industrial del Sarre, tercer hijo de un minero que llegó a ser concejal del Partido Comunista (KPD) tras la guerra. Cada uno de estos datos pesará en su devenir. Bajo la férula casi patriarcal del barón Stumm, el Sarre se había convertido en uno de los centros de la industria del carbón y del acero; tras la Guerra Mundial y la revolución fue prontamente ocupado por las tropas francesas, el 24 de noviembre de 1918, y aunque sus habitantes conservaron la ciudadanía alemana, la región dependería para los siguientes 15 años de Francia en lo económico y de una comisión nombrada por la Sociedad de Naciones en lo político. La densidad de población ascendía por entonces a casi cuatro veces la del Reich, y aunque la primera fuerza política (con más del 40% de los votos) fue siempre el Centro católico, el segundo partido pronto pasaría a ser el comunista, por encima de la socialdemocracia. En Wiebelskirchen, donde vivía la familia Honecker desde 1913, el KPD llegó a ser la primera fuerza: en las elecciones de 1932 obtuvo 11 concejales (frente a tres del SPD), y como queda dicho, uno de ellos fue Wilhelm Honecker.

“Bajo estas circunstancias, era aún más improbable que se consolidase una cultura política liberal y democrática en el Sarre que en el resto de Alemania” (pág. 50);

en un contexto de luchas obreras y huelgas mineras, como apuntara Ulrich Völklein, la disciplina y el cierre de filas eran inculcados como valores supremos, mientras que cualquier disidencia individual era vista como un socavamiento de la causa.

El modelo de Wilhelm Honecker también es importante. Fue el referente moral de su hijo y el primero de una serie de mentores, según un patrón que reaparece en todas las hagiografías comunistas:

“Serían siempre los encuentros personales con otras figuras dirigentes del movimiento obrero las que influenciarían a Honecker mucho más que los discernimientos teóricos o los lemas políticos” (pág. 64).

Siguiendo la estela de su padre, Erich Honecker militó desde los diez años en las juventudes comunistas. Completó los ocho cursos de la escuela básica y, ante la dificultad para hallar una plaza de aprendiz, trabajó dos años en una finca de Pomerania. Aunque parece que el granjero lo veía como futuro yerno, Erich prefirió volver a Wiebelskirchen en 1928 e inició una formación profesional como techador que abandonó a los dos años por falta de perspectivas, quedando libre para entregarse de pleno al trabajo político (en 1943, cumpliendo condena, se le reconocería su formación como techador al asignarlo a una brigada que actuaba fuera de la cárcel).

Tras el acceso al poder de Hitler en 1933, Honecker fue enviado al Reich por el partido, obcecado durante varios años en una política de movilización de masas que sólo sirvió para diezmar la militancia. Bajo condiciones cada vez más precarias, Honecker se destacó como organizador gracias al talante pragmático que le caracterizaría en el futuro: aunque pasaba por ser un orador competente (habilidad que ciertamente no demostraría como mandatario), eludía las disquisiciones escolásticas y era mucho menos dogmático que otros líderes comunistas. Su labor clandestina en Essen, donde llegó a ser detenido pero puesto en libertad a las pocas horas gracias a su sangre fría, le fue reconocida hasta por la Gestapo.

Desde el verano de 1934, un nuevo frente reclama a Erich Honecker en su tierra natal: el referéndum sobre el estatus del Sarre, a celebrarse en enero de 1935. En uno de tantos cambios de rumbo con los que pondría a prueba la fe de sus militantes, el Partido Comunista, que hasta entonces exigía un Sarre alemán en un Reich bolchevique, asumió que la consolidación del régimen nazi convertía la opción en suicida y pasó a abogar por el mantenimiento del *status quo* (el tutelaje de la Sociedad de Naciones), como venía ya haciendo la socialdemocracia.

“Pero en la autoimagen comunista no había cambiado la posición del partido, sino el estado de las cosas, y bajo circunstancias modificadas podía ser obviamente correcto lo que ayer era obviamente falso” (p. 189).

Con su disposición poco sectaria y su conocimiento del terreno, Honecker se aplicó a aunar fuerzas con los antiguos enemigos. El referéndum, sin embargo, deparó una debacle para las fuerzas de izquierda: el 90% de los votantes se decantaron por la adscripción al Reich, y sólo el 9% por mantener el *status quo*. Además de la conmoción política que le supuso (nadie había esperaba un balance tan abrumador), el resultado tenía consecuencias muy directas para Honecker: al integrarse el Sarre en el Reich, perdía la relativa inmunidad de que gozaba y sólo podía esperar ser enviado a un campo de concentración. De ahí que, como otros miles de personas, huyera inmediatamente a Francia.

Aunque su labor como dirigente de juventudes lo había destacado ya en el seno del partido, a sus veintidós años Honecker era uno más entre los que esperaban apoyo y destino en la desbordada oficina parisina del partido. Lo que sigue siendo un misterio es por qué, de entre los 252 militantes exiliados evaluados en ese año 1935, fue el único al que se destinó de nuevo al trabajo ilegal en el Reich, y más aún a Berlín, ciudad que no conocía y sometida al celo especial de la Gestapo. Bajo esas circunstancias, la detención de Honecker y su precario grupo era cuestión de tiempo; se produjo en diciembre de ese mismo año, tras la entrega de una maleta por la correo checa Sarah Fodorová. Honecker no fue torturado: la Gestapo disponía ya de toda la información necesaria, tenía interés en poder seguir utilizando a un cebo, y se atuvo a cierta contención ante las protestas del gobierno checo. Las acusaciones realizadas en los años 1990, según las cuales Honecker habría colaborado y traicionado a sus contactos, carecen de fundamento, como acredita escrupulosamente Sabrow: se limitó a confesar lo que sabía la Gestapo y durante el juicio, en que fue condenado a diez años de presidio, trató de exculpar en lo posible a Fodorová.

“El presidio fue el auténtico espacio formativo en el que la generación de viejos comunistas adquirió su certeza incommovible de que las masas necesitan una guía, y de que ni la oposición unánime del pueblo entero debería cuestionar la línea del partido, ni el descalabro de éste refutaría su curso” (pág. 337).

Más aún:

“Para los viejos comunistas, la época nazi nunca fue pasado muerto. Siguió viva en su desconfianza inveterada hacia un pueblo que los había despreciado y traicionado por abrumadora mayoría; siguió viva en la certeza de que en el futuro iba a contar el poder, y no la mayoría” (pág. 338).

Honecker fue recluido en el penal de Brandemburgo, donde su conducta discreta e intachable le valió el puesto de confianza de asistente del médico. Peticiones de gracia como la firmada por su padre, en la que afirma que su hijo ha abjurado del comunismo y anhela reintegrarse en la comunidad nacional, carecen de cualquier relevancia política y en cualquier caso fueron desestimadas. En 1943 fue asignado a una brigada de trabajo en el exterior, primero como techador, luego como desactivador de bombas (la cuota de bajas ascendía al 50% cada año), y finalmente de nuevo como techador para reparar los daños causados por los crecientes y devastadores bombardeos. El 26 de febrero de 1945 se destacó por su arrojo al rescatar a varias personas sepultadas en la prisión femenina de la Barnimstraße de Berlín. Sin embargo, la obvia inminencia de la derrota alemana y la incertidumbre sobre la suerte reservada a los presos políticos (en diversas prisiones habían sido fusilados antes de la retirada, o eran reclutados para el frente) lo llevó a una temeraria decisión y al episodio más desconcertante de su vida. El día 6 de marzo, aprovechando la confusión generada por un bombardeo, Honecker y su compañero Erich Hanke escaparon por el tejado. Vestidos de presidiario y sin apoyos en el exterior, deambularon tres

días por Berlín evitando a la omnipresente policía y las partidas de reclutamiento, hasta que Hanke halló refugio en casa de un tío y abandonó a su suerte a Honecker: desesperado, recurrió a una de las guardianas de la prisión femenina en la Barnimstraße, Charlotte Schnauel, con la que al parecer lo unía ya una relación sentimental (se casó con ella tras la guerra, algo que obviarían las biografías oficiales). Según reconstruye Sabrow con esmero, Schnauel debió interceder ante el juez responsable y Honecker pudo reintegrarse a la prisión sin represalias: en esa fase terminal del régimen, algunos funcionarios arriesgaban ya gestos como éste por benevolencia o cálculo (al juez Erich Kolb, en todo caso, no le sirvió de mucho: cumpliría diez años de internamiento y prisión tras la guerra).

El presidio de Brandemburgo fue liberado el 27 de abril; Honecker buscó refugio en casa de Charlotte Schnauel. Se apresuraría a ponerse al servicio del partido y el 10 de mayo coincide por casualidad con un antiguo conocido que lo pone en contacto con la dirección provisional. Walter Ulbricht, enviado desde Moscú para subordinar todos los grupos antifascistas que iban surgiendo a la autoridad soviética, reconoce en Honecker a un colaborador disciplinado y le confía el trabajo con la juventud. Ya en abril de 1946 es elegido miembro de la presidencia del Partido Socialista Unificado (SED); al poco será el presidente de la recién fundada organización juvenil FDJ. Charlotte Schnauel muere en junio de 1947; en 1949 Honecker se casará con la dirigente de la FDJ Edith Baumann (de la que se divorciará más tarde por Margot Honecker, ministra de Educación vitalicia en la RDA). Pero todo esto pertenece ya a su vertiginosa carrera tras la guerra, que será tratada por Martin Sabrow en la anunciada segunda parte de su biografía.

¿Qué lecciones nos deja la meticulosa semblanza en 500 páginas sobre sus años formativos? Para Sabrow, Honecker se orientó siempre (“de forma más bien atípica en el mundo comunista”, pág.

500) por las personas más que por las ideas, pero su constancia rayaba en la obstinación y los años de aislamiento le habían dejado huella. Pertenece a

“la generación de los patriarcas desconfiados” (pág. 504): “su concepto de responsabilidad política se nutría [...] de una conciencia de vanguardia que entendía la voluntad popular espontáneamente articulada como aquiescencia bienvenida, orientación útil, o amenaza, pero en ningún caso la aceptaba como juez de las decisiones de la dirección política.” [...] “El ‘pueblo’ era y seguiría siendo para Honecker una masa poco fiable que requería de continua ilustración y adecuada guía para no volver a extraviarse –ésa fue la auténtica lección de su primera vida que conservó Honecker en la nueva fase y marcaría hasta el último día su camino a las cumbres directivas del comunismo mundial” (pág. 505, final).

Hay un salto cualitativo entre el listón intelectual que marcan estas conclusiones, resultado de un trabajo concienzudo, y las recusaciones apriorísticas que han dominado los estudios sobre la dictadura socialista de la RDA. Confíemos en que la segunda parte de la biografía anunciada por Sabrow ayude a esclarecer algo tan incontrovertible como paradójico: que el régimen al que Erich Honecker había consagrado su vida, y en el que creyó ver cumplido el sueño de su juventud, consolidó de hecho un país donde no había condiciones para hacerlo, pero al precio de tanta insatisfacción entre sus habitantes que se derrumbó solo en 1989. Entenderlo sería particularmente urgente en estos tiempos de desánimo, cuando el descontento popular con nuestro propio régimen de libertades, que creímos vencedor indiscutible de la historia, alcanza cotas más que amenazantes. 🐼

IBON ZUBIAUR ES DOCTOR EN FILOSOFÍA, ENSAYISTA Y TRADUCTOR ESPECIALIZADO EN LITERATURA ALEMANA CONTEMPORÁNEA.